

## INTRODUCCIÓN

Ocurre algo peculiar con la imagen histórica del anarquismo chileno. Durante largo tiempo, mucho antes de su aparición efectiva en el país, fue “un fantasma” en los discursos de la elite criolla que alertaba sobre su presencia o pronta llegada, un icono que ayudaba a cerrar filas en torno a las posiciones más duras del conservadurismo social. Luego, cuando los libertarios se enraizaron efectivamente en los movimientos populares de comienzos del siglo XX, la amalgama oficial entre anarquismo, socialismo y otras corrientes de redención social contribuyó a confundir los conceptos y a hacer más difícil la percepción de lo que era o estaba siendo realmente el anarquismo. Más tarde, el ocaso de su influencia y la implantación de la hegemonía marxista (comunista y socialista) en el movimiento obrero, tendió a borrar del recuerdo colectivo el aporte ácrata a su formación.

La historiografía se hizo eco de ese olvido, distorsión o silencio. Por ello, hasta casi fines del siglo XX, la bibliografía sobre los ácratas chilenos era muy escueta. Así, por ejemplo, la historiografía “marxista clásica” nacional fue particularmente pobre sobre este tema. Por razones esencialmente ideológicas, su estudio fue desdeñado o adulterado, siendo sustituido a menudo por juicios políticos sin apoyo de investigaciones específicas. De este modo, el historiador comunista Hernán Ramírez Necochea se refirió a la “presencia deformadora del anarquismo en nuestro país”, llegando a calificarlo de “fuerza de esencia reaccionaria, aunque cubierta con seductores ropajes revolucionarios”<sup>1</sup>. En una nota de pie de página de un libro posterior, Ramírez matizó sus primeras opiniones, reconociendo que la opción libertaria había surgido en Chile antes que la vertiente socialista e impulsado “un tipo de organización sindical revolucionaria: las sociedades de resistencia”, y que “por estos motivos y a pesar de sus concepciones infantiles revolucionarias, el anarquismo ejerció –en sus primeros años- una influencia positiva en el desarrollo del movimiento obrero nacional; contribuyó a situar a nuestro proletariado en la barricada de la

---

<sup>1</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes. Siglo XIX*, Santiago, Editorial Austral, 1956, págs. 238 y 240.

lucha de clases, lo estimuló a asumir una actitud independiente con respecto a elementos burgueses y favoreció el proceso que había de conducir a la formación de organismos propiamente sindicales”<sup>2</sup>. Pero Ramírez quedó prisionero de su ideologismo y visión teleológica de la historia ya que en definitiva, como mayor mérito de la corriente libertaria, apenas retuvo que en sus filas “hicieran sus armas destacados dirigentes obreros que posteriormente se incorporaron al movimiento socialista”<sup>3</sup>. Y así, este fin anunciado de la historia le ahorró mayores esfuerzos para el estudio específico del anarquismo.

Fernando Ortiz no incurrió en las descalificaciones de su maestro y camarada Ramírez Necochea, pero sólo mencionó al pasar la militancia ácrata de algún dirigente obrero y dedicó escasas 17 líneas a las sociedades de resistencia creadas por esos activistas, además de un par de párrafos sobre la anarcosindicalista *Industrial Workers of the World* (IWW)<sup>4</sup>.

Marcelo Segall (socialista trotskista), sin aportar pruebas de mediana consistencia, fue el autor de la gran mitificación referida a una supuesta actividad anarquista en Chile durante las décadas de 1870 y 1880. Como suele ocurrir en estos casos, la contrapartida del mito sobre los orígenes fue la ausencia de un estudio sistemático de la vertiente libertaria cuando ésta se implantó efectivamente en el mundo popular<sup>5</sup>.

Jorge Barría Serón proporcionó más datos y dio un tratamiento más ecuánime y extenso a los anarquistas, reconociendo que sus organizaciones

---

<sup>2</sup> Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile. Ensayo de historia política y social de Chile*, Moscú, Editorial Progreso, 1984, pág. 56. Existe una edición del año 1965, menos amplia que la recién citada.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Fernando Ortiz Letelier, *El movimiento obrero en Chile 1891-1919*, Madrid, Ediciones Michay S.A., 1985, págs. 195-196 y 222-223. Posteriormente, la IWW ha concitado mayor atención historiográfica. Véase, entre otros: Reinaldo Orellana F. y Esteban Morales H., “Algunos antecedentes sobre la disputa I.W.W-FOCH (1925-1926)”, tesina para optar al grado de Licenciado en Historia, Valparaíso, Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, 1993; Cinthia Rodríguez Toledo, “Del dicho al hecho... Idearios y prácticas anarcosindicalistas entre 1918 y 1920”, tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica, 2003.

<sup>5</sup> Marcelo Segall, *Cinco ensayos dialécticos. Desarrollo del capitalismo en Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1953; “La Commune y los excommuniards en un siglo de América Latina”, en *Boletín de la Universidad de Chile*, N°109-110, Santiago, abril-mayo de 1971, págs. 5-45. Nuestra crítica a Segall fue formulada en las obras citadas en la nota 10.

lograron “despertar las conciencias societarias de amplias capas de obreros”<sup>6</sup>. En su memoria referida a los movimientos sociales en Chile a comienzos del siglo XX consagró una buena cantidad de páginas a los ácratas, valorando altamente su aporte a las luchas sociales y a la formación de una conciencia de clase proletaria<sup>7</sup>. Este trabajo se destacó por ser el fruto de una investigación propia, pero muchas veces carente de referencias directas a sus fuentes de información, lo que hace muy difícil la verificación de sus afirmaciones. Y en largos pasajes dicho texto se limitó a ser una cronología de hechos, especialmente huelgas y protestas populares, con escasísimo vuelo interpretativo, lo que fue aprovechado por autores como Jobet, Angell, Vitale y, en cierta medida también De Shazo, que sin realizar una pesquisa tan vasta, utilizaron los datos aportados por este historiador (incluyendo los errores) en sus propias obras.

Así, en su libro *Luis Emilio Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos*, Julio César Jobet se apoyó en las informaciones reunidas por Barría para trazar un breve panorama general sobre el anarquismo y otros movimientos de redención social a fines del siglo XIX y comienzos de la siguiente centuria. No obstante su tono ponderado y ecuánime, el trabajo de Jobet careció de investigación propia sobre los orígenes y primeros tiempos de la corriente ácrata y por ello adoleció de falta de profundidad, mezclándose aciertos hermenéuticos con errores derivados de una insuficiente base documental<sup>8</sup>. Algo parecido ocurrió con Luis Vitale y algunos historiadores de otras sensibilidades historiográficas como Alan Angell, quienes pese a consagrar sin prejuicios negativos varias páginas a los anarquistas criollos, no aportaron nada sustantivamente nuevo, limitándose a sintetizar sus lecturas de

---

<sup>6</sup> Jorge I. Barría Serón, *Los movimientos sociales de Chile desde 1910 hasta 1926 (Aspecto político y social)*, Santiago, Editorial Universitaria, 1960. La cita textual es de la pág. 167. Las principales referencias al anarquismo se extienden entre las págs. 166-187.

<sup>7</sup> Jorge Barría Serón, “Los movimientos sociales de principios del siglo XX. 1900-1910”, memoria para optar al título de profesor de Historia y Geografía, Santiago, Universidad de Chile, 1953.

<sup>8</sup> Julio César Jobet, *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana S.A., 1973, págs. 133-143. Al activo del profesor Jobet en este tema debemos sumar su aporte al acervo de fuentes por haber sido quien impulsó a Alejandro Escobar y Carvallo a escribir sus Memorias publicadas en forma de artículos de la revista *Occidente* en 1959 y 1960 (ver referencias en bibliografía al final de este libro).

fuentes secundarias sobre el tema y a reinterpretar en el marco de obras generales sobre el movimiento obrero y la historia de Chile<sup>9</sup>.

Abreviando el balance, se puede afirmar que sobre estos temas la historiografía “marxista clásica” osciló entre el desprecio (Ramírez) y la mitificación (Segall). Lamentablemente, la mayor de estas mitificaciones, la del supuesto inicio de la actividad libertaria en Chile hacia 1871, como producto de la llegada a la región de Magallanes de ex comuneros franceses, “hizo escuela” siendo repetida de manera acrítica por otros autores<sup>10</sup>. Así se edificó un mito que contribuyó a descartar el estudio del anarquismo *real* que surgiría posteriormente en tierras chilenas. Si el anarquismo había aparecido como un injerto desde el extranjero en las décadas de 1870 y 1880 y había sido una especie de “infancia” del movimiento obrero en sus luchas por la emancipación, etapa superada posteriormente por la adopción del marxismo como ideología rectora, ¿qué sentido tenía investigarlo seria y detalladamente? Tal parece ser la razón implícita de ese descuido historiográfico.

En descargo de la “historiografía clásica” del movimiento obrero chileno, Jorge Rojas Flores ha señalado que, probablemente, la escasa proyección ácrata después de la década de 1930, fue otro factor que indujo a los historiadores marxistas a desdeñar su estudio<sup>11</sup>. Trasponiendo a escala chilena el análisis que Hobsbawm hizo de esta corriente a nivel mundial, podría agregarse que la “monumental ineficacia” del anarquismo<sup>12</sup>, fue la causa de su

---

<sup>9</sup> Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile. De los orígenes hasta el triunfo de la Unidad Popular*, México, Ediciones Era, 1972, págs. 22-50; Luis Vitale, *Interpretación marxista de la Historia de Chile. De la República parlamentaria a la República Socialista (1891-1932)*, vol. V, Santiago, Lom Ediciones, sin fecha, págs. 201-206. Véase también su *Contribución a una historia del anarquismo en América Latina*, Santiago, Instituto de Movimientos Sociales “Pedro Vuskovic”, 1998.

<sup>10</sup> Nuestro desmontaje de este mito se encuentra en: Sergio Grez Toso, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, Ediciones de la DIBAM – RIL Editores, 1998, págs. 513-521; “Movimiento popular urbano en Chile entre el cambio de siglo y la época del Centenario (1890-1912). Avances, vacíos y perspectivas historiográficas”, en *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, N°109, Santiago, agosto de 1995, págs. 37-45; “Los ex-communards en Magallanes. Realidad y mito en nuestra historiografía”, en *Actas IV Congreso de Historia de Magallanes*, Punta Arenas, Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1999, págs. 7-15.

<sup>11</sup> Jorge Rojas Flores, “Los trabajadores en la historiografía chilena. Balance y proyecciones”, en *Revista de Economía & Trabajo*, N°10, Santiago, 2000, pág. 72.

<sup>12</sup> Eric Hobsbawm, “Reflexiones sobre el anarquismo”, en Eric Hobsbawm, *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Crítica, 2000, pág. 122.

desinterés historiográfico. Pero quedarse en esas explicaciones parciales es sólo un consuelo que no excusa saldar la deuda pendiente en este campo.

Afortunadamente, la pobre visión que acabamos de evocar comenzó a revertirse a partir de la tesis doctoral (1977) del norteamericano Peter De Shazo sobre los sindicatos urbanos de Santiago y Valparaíso durante las tres primeras décadas del siglo XX. Este historiador centró su atención en el papel de los gremios anarcosindicalistas en las luchas sociales de esa época, cuestionando la opinión predominante hasta entonces, que asignaba al proletariado minero (salitrero) el protagonismo sindical, así como a las tendencias socialista y comunista el carácter de únicas vanguardias políticas populares<sup>13</sup>. Es muy probable -como subraya Rojas- que en su afán por revalorizar el papel que jugó el anarquismo, De Shazo haya contabilizado dentro del anarcosindicalismo a gremios que aún no se definían como tales, sino neutrales ideológicamente, error que se sumaría a su silencio sobre la facilidad con que se diluyó la opción ácrata cuando se extendió el sistema legal de relaciones laborales<sup>14</sup>. Estas inexactitudes también fueron reproducidas por tesis universitarias que, preocupados por ensalzar el aporte anarquista en las luchas sociales, construyeron cuadros exagerados de su influencia. Sin embargo, debe destacarse el trabajo de De Shazo como un punto de partida que puede permitirnos -mediante nuevas investigaciones- alcanzar un panorama más verídico y completo acerca del anarquismo y su peso real en el movimiento de los trabajadores chilenos.

Posteriormente se realizaron varias monografías parciales sobre este tema. A pesar de sus aportes sobre diversos aspectos, salvo raras excepciones, estos trabajos adolecieron del defecto común de haber aceptado como válida, sin revisión propia de fuentes primarias, las versiones de Segall y de Ramírez Necochea acerca de los tempranísimos orígenes -en la década de 1870- de la corriente libertaria en Chile. Y como está dicho, en varios casos la intención manifiesta de sus autores de revalorizar la historia del anarquismo redundó en exageraciones acerca de su influencia, cayendo de este modo en la

---

<sup>13</sup> Peter De Shazo, *Urban Workers and Labour Unions in Chile, 1902-1927*, thesis PhD, University of Wisconsin, Madison, 1977. Publicado como libro en: Madison, Wisconsin University Press, 1983. Las referencias citadas más adelante están tomadas del libro.

<sup>14</sup> Rojas, *op .cit.*, pág. 72.

mitificación<sup>15</sup>. Con todo, es posible rescatar, por ejemplo, la acertada distinción entre el anarcosindicalismo y el anarquismo en general formulada por Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco; las contribuciones de una tesis colectiva que explora algunos aspectos de la dimensión cultural ácrata de las primeras décadas del siglo XX<sup>16</sup>; así como el análisis de la prensa libertaria entre 1897 y 1907 realizado en la tesis de Gustavo Ortiz y Paulo Slachevsky<sup>17</sup>, y -a pesar de numerosas imprecisiones de fechas y situaciones- algunas pinceladas de Óscar Ortiz en su *Crónica anarquista de la subversión olvidada*<sup>18</sup>. La memoria de graduación de Claudio Rolle debe ser considerada como una contribución periférica, por cuanto su objetivo no fue el conocimiento de la acracia ligada al movimiento obrero, y por ello, aparte el panorama acerca de la prensa libertaria, el centro de su atención estuvo puesto en el ideario (especialmente el pacifismo tolstoyano) y en el anarquismo individualista e intelectual, dejando poco espacio para un estudio específico de esta tendencia revolucionaria en el seno de los movimientos de trabajadores<sup>19</sup>. Más recientemente, Sergio Pereira Poza publicó una *Antología crítica de la dramaturgia anarquista en Chile* en la que además de reproducir *in extenso* y analizar ciertas obras de tinte libertario, incursionó en el análisis del discurso ácrata, la construcción de espacios culturales alternativos de este discurso y la dramaturgia anarquista como “irradiación estética de la concepción del mundo”<sup>20</sup>. Huelga decir que el

---

<sup>15</sup> Entre otras, es preciso mencionar: Eduardo Míguez Meza y Álvaro Vivanco Huerta, “El anarquismo y el origen del movimiento obrero en Chile 1881-1916”, memoria para optar al título de Profesor de Estado en Historia y Geografía, Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1987; Héctor Fuentes M., “El anarcosindicalismo en la formación del movimiento obrero. Santiago y Valparaíso 1901-1916”, tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Santiago, USACH, 1991.

<sup>16</sup> Julia Aravena *et al.*, “El teatro de crítica social vinculado al anarquismo chileno 1900-1923”, seminario para optar al título de Profesor de Historia y Geografía, Santiago, Instituto Profesional Blas Cañas, 1988.

<sup>17</sup> Gustavo Ortiz y Paulo Slachevsky, “Un grito de libertad. La prensa anarquista a principios de siglo, 1897-1907”, memoria para optar al título de Periodista, Santiago, Universidad de Chile, 1991.

<sup>18</sup> El trabajo de Óscar Ortiz fue publicado en un libro de curioso formato compartido con Luis Vitale. A pesar de que cada autor firma su texto por separado, ambos escritos están reunidos físicamente en un solo volumen, pero sin un título común. Óscar Ortiz, *Crónica anarquista de la subversión olvidada* y Luis Vitale, *Contribución a una historia del anarquismo en América Latina*, Santiago, Ediciones Espíritu Libertario, 2003.

<sup>19</sup> Claudio Rolle Cruz, “Anarquismo en Chile 1897-1907”, memoria para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica, 1985.

<sup>20</sup> Sergio Pereira Poza, *Antología crítica de la dramaturgia anarquista en Chile*, Santiago, Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 2005.

valioso aporte de este autor a la historia cultural del anarquismo en Chile, se ve limitado, al igual que todos los trabajos realizados principalmente en base a bibliografía secundaria, por “el estado de la cuestión” historiográfica que, como hemos venido constatando y como probaremos a lo largo de este libro, es más bien pobre y se caracteriza por numerosas imprecisiones y dislates<sup>21</sup>.

En varios de los autores citados hasta ahora parece imperar la idea de una nítida distinción entre demócratas, socialistas y anarquistas durante el período del cambio de siglo. Pero un examen acucioso arroja un panorama más complejo, caracterizado por cierta laxitud e indefinición ideológica en los grupos populares de izquierda. Estas fronteras aún poco definidas son las que explican, en definitiva, el frecuente fenómeno de trasvasije de militantes de una familia política a otra, incluyendo a líderes destacados que pasaron del anarquismo al Partido Demócrata, para terminar, luego de varias evoluciones, a fines de los años 20 apoyando al general Ibáñez. La falta de un conocimiento profundo sobre estos temas ha llevado también a algunos autores a cometer errores en la clasificación ideológica de los militantes populares, alimentando una confusión que merece ser despejada.

Desde la década de 1990 la investigación sobre esta vertiente revolucionaria en Chile ha experimentado algunos progresos que anuncian líneas de trabajo que, si se profundizan, permitirán situar el “estado de la cuestión” historiográfica en un nivel netamente superior.

---

<sup>21</sup> La filiación anarquista de algunos de los autores teatrales presentados en esta antología es errónea o muy dudosa. Así, por ejemplo, constatamos que Rufino Rosas dedica su obra *Suprema Lex*, escrita en 1895 (antes del surgimiento definitivo de la corriente ácrata en Chile) a Salvador Barra Woll, que hacia esa época era balmacedista (a partir de 1912 se incorporaría al Partido Obrero Socialista y en la década siguiente, cuando esa formación se transformó en Partido Comunista de Chile, Barra Woll sería uno de sus principales dirigentes y parlamentarios). Sabemos que Rosas siguió el mismo itinerario de su amigo Barra Woll, siendo delegado del Partido Comunista criollo ante la Internacional Comunista (*Komintern*) a fines de la década de 1920. Igualmente constituye un error considerar como anarquista al español Nicolás Aguirre Bretón, autor de *Flores Rojas y Los vampiros*, piezas teatrales editadas en 1912 en la iquiqueña Imprenta El Despertar perteneciente al Partido Obrero Socialista. Es sabido que Aguirre Bretón fue uno de los fundadores de ese partido e integraba –al igual que Luis Emilio Recabarren– al grupo teatral “Arte y Revolución” de los socialistas iquiqueños, y que años más tarde emigró a Ecuador donde fue masón y periodista. Sobre este autor y sobre el grupo “Arte y Revolución”, véase María José Correa Gómez, “El Teatro Obrero en el escenario pampino 1900-1930”, Santiago, tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000, págs. 63-64, 69, 74-93, 96-99, 118.120, 125-126, 159-165. Véase también, Elías Lafertte, *Vida de un comunista (Páginas autobiográficas)*, Santiago, Empresa Editora Austral, 1971 (2ª ed.), págs. 83, 85, 86, 98 y 103-105.

Julio Pinto Vallejos rastreó los orígenes del anarquismo tarapaqueño, sometiendo a juicio crítico la afirmación de muchos historiadores sobre la “dirección anarquista” de la “huelga grande” de Tarapacá de fines de 1907 y, especialmente, la deducción automática de su influencia numérica u orgánica equivalente en los años previos y posteriores a estos sucesos<sup>22</sup>. En otro trabajo este historiador analizó los discursos mancomunal, demócrata y anarquista, que desde la región salitrera contribuyeron a la construcción ideológica del sujeto obrero en Chile a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, destacando el carácter más radical y rupturista, a la vez que utópico y esencialista del aporte ácrata<sup>23</sup>.

Alberto Harambour profundizó el estudio del medio libertario santiaguino entre 1911 y 1925, centrándose en el análisis de la variedad de posiciones (en particular respecto de la violencia, el Estado y la organización) que se debatían en su seno y que afloraron a partir de algunos atentados cometidos en 1911 y 1913<sup>24</sup>. Este autor ha sido categórico en negar el carácter de movimiento a la acción de los anarquistas chilenos, argumentando que la carencia de una organización sería un elemento que impediría catalogar al universo libertario como un “movimiento” propiamente tal, prefiriendo el término de “corriente” configurada como una suerte de “movimiento de aguas subterráneas”. Según esta interpretación, “resistencia antes que proyecto y rebeldía antes que revolución”, serían partes importantes de las vías de politización anarquista y por ello, a lo menos antes de 1919, no podría hablarse de *anarquismo* sino de *anarquismos*<sup>25</sup>. Aunque compartimos parcialmente esta

---

<sup>22</sup> Julio Pinto Vallejos, “El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿apóstoles o líderes?”, en Pablo Artaza et al., *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, Ediciones de la DIBAM – Lom Ediciones – Universidad Arturo Prat, 1998, págs. 259-290.

<sup>23</sup> Julio Pinto Vallejos, “Discurso de clase en el ciclo salitrero: la construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890-1912”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 1 / 2, Santiago, 2004, págs. 131-198.

<sup>24</sup> Alberto Harambour Ross, “‘Jesto y palabra, idea y acción’. La historia de Efraín Plaza Olmedo”, en Colectivo Oficios Varios, *Arriba quemando el sol. Estudios de Historia Social Chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)*, Santiago, Lom Ediciones, 2004, págs. 137-193; “La Sociedad en Resistencia de Oficios Varios y el ‘horizonte anarquista’”, en Lucía Stecher Guzmán y Natalia Cisterna Jara, *América Latina y el mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogías*, Santiago, Universidad de Chile, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, 2004, págs. 189-203.

<sup>25</sup> Harambour, “‘Jesto y palabra...’”, *op. cit.*, págs. 189 y 190.

óptica de análisis –lo que nos ha llevado a utilizar preferentemente los términos de “corriente”, “vertiente” o “universo” para referirnos a la existencia y acción de los anarquistas en Chile en el período estudiado-, nos parece dudoso que tan categórica toma de partido por uno de estos conceptos (con su correspondiente negación de otros) aporte muchas luces para la comprensión del fenómeno en su dialéctica real, esto es, diversa, contradictoria y cambiante. Si bien los conceptos ayudan a entender la realidad, muchas veces, se convierten en *corsets* que tienden a amarrarla y a hacerla entrar a la fuerza en esquemas preestablecidos, impidiendo que las miradas (de los lectores y del propio autor) se desplieguen por caminos insospechados. Al estudiar al anarquismo –como cualquier fenómeno histórico- es necesario hacerlo *también desde su propia lógica* y no sólo desde nuestra particular perspectiva crítica. Por eso no nos parece adecuado aplicar rígidamente a una vertiente ideológica tan peculiar como el anarquismo las categorías que normalmente utilizamos para referirnos a otros movimientos políticos. No obstante esta precaución, a lo largo del libro iremos entregando elementos que nos permitan responder, hasta donde sea posible, a la interrogante: ¿corriente o movimiento?

El tema de la violencia en el discurso ácrata fue analizado por Maurice Fraysse, Igor Goicovic y José Díaz, pero sin intentar un contrapunto con la práctica social, lo que deja un gran vacío de conocimiento que es preciso llenar<sup>26</sup>. Igualmente limitado al plano declamatorio, con escaso o nulo contraste con la práctica militante “en terreno”, y por ende, con evaluaciones y conclusiones derivadas puramente de la “praxis discursiva”, es el artículo de la historiadora norteamericana Elizabeth Hutchison sobre la “política sexual” anarquista de comienzos del siglo XX en Chile<sup>27</sup>. Debemos recalcar que esta es

---

<sup>26</sup> Maurice Fraysse, “Aspects de la violence dans la presse anarchiste du Chili (1898-1914)”, en *Caravelle*, N°46, Toulouse, 1986, págs. 79-92; Igor Goicovic Donoso, “El discurso de la violencia en el movimiento anarquista chileno (1890-1910)”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, N°7, Santiago, primavera 2003, págs. 41-56; José Díaz, *Militares y socialistas en los años veinte. Orígenes de una relación compleja*, Santiago, Universidad ARCIS, 2002, págs. 76-78.

<sup>27</sup> Elizabeth Hutchison, “From ‘La mujer esclava’ to ‘La mujer limón’: anarchism and the politics of sexuality in early-twentieth-century Chile”, en *Hispanic American Historical Review*, 81.3-4, 2001, págs. 519-553. Un análisis más equilibrado entre teoría y práctica referido a la “cuestión de la mujer” en el movimiento obrero, se encuentra en el libro de la misma historiadora sobre género, políticas y trabajo en las primeras décadas del siglo XX en el Chile urbano. Pero lamentablemente, la autora centró su atención en los demócratas, socialistas y comunistas, con escaso aporte sobre la corriente anarquista. Elizabeth Q. Hutchison, *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en*

una deficiencia de la mayoría de los trabajos referidos al anarquismo en este país. El énfasis unilateral puesto en los discursos y principios, tiende a imponer una visión idealizada de los libertarios ya que sus declaraciones aparecen dando cuenta del movimiento. De esta manera, el idealismo de los anarquistas es replicado por la historiografía, que parece considerar como sólidas realidades políticas lo que no eran más que proclamas, sueños o divagaciones. Esta ha sido otra gran debilidad historiográfica que queremos contribuir a superar.

Ya habíamos avanzado sobre algunos de estos tópicos en monografías sobre el movimiento popular durante la “República Parlamentaria”. En esos textos abordamos aspectos de la política libertaria, especialmente su posición frente a las huelgas, la “acción directa”, el uso de la violencia, su rechazo a la legislación social, “la política” y los políticos, y entregamos algunos elementos de explicación acerca de las causas del ocaso del anarquismo a partir del momento en que el Estado empezó a implementar sistemáticas políticas de cooptación y concesiones al mundo popular<sup>28</sup>. Pero quedaba por enlazar todos estos aspectos en un trabajo global sobre los anarquistas que diera cuenta de manera más amplia y profunda de los primeros tiempos del “fenómeno libertario” en Chile. Es lo que nos hemos propuesto en este libro.

Finalmente, es preciso mencionar que para el período en que el anarquismo chileno inicia su fase de decadencia (desde mediados de la década de 1920, época que coincide con el comienzo de la implantación estatal de la legislación social y el sindicalismo legal), se cuenta con los sólidos estudios de Jorge Rojas Flores y Jaime Sanhueza Tohá, que aunque referidos a un momento tardío respecto del que aquí tratamos, constituyen referencias importantes que

---

*Chile urbano 1900-1930*, Santiago, LOM Ediciones – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006.

<sup>28</sup> Sergio Grez Toso, “Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)”, en *Cuadernos de Historia*, N°19, Santiago, diciembre de 1999, págs. 157-193; “Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)”, en *Historia*, vol. 33, Santiago, 2000, págs. 141-225; “El escarpado camino hacia la legislación social: debates, contradicciones y encrucijadas en el movimiento obrero y popular (Chile: 1901-1924)”, en *Cuadernos de Historia*, N°21, Santiago, diciembre de 2001, págs. 119-182; “¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924)”, en *Historia*, vol. 35, Santiago, 2002, págs. 91-150.

arrojan luces sobre fenómenos que pueden y deben relacionarse con lo que fue el anarquismo en su etapa formativa en este rincón del mundo<sup>29</sup>.

Para tener un panorama más completo, habría igualmente que considerar otros trabajos sobre temas más amplios que evocaron -sin los prejuicios de antaño- la participación ácrata en los conflictos sociales del primer cuarto del siglo XX, pero sobre cuyo contenido sería inoficioso abordar en esta introducción<sup>30</sup>. De igual modo omitiremos referirnos a estudios sobre períodos más tardíos (posteriores a la década de 1930) por estar demasiado alejados del tiempo histórico que nos hemos propuesto escudriñar.

La reseñada producción historiográfica nos sitúa en un punto en que es posible dar un importante salto cualitativo en el conocimiento de la historia de la corriente libertaria en Chile. Para ello se hace necesario refundir en un crisol común el saber acumulado hasta ahora con los frutos de una investigación más profunda y sistemática. En este libro nos proponemos rastrear el camino del anarquismo en sus primeros tiempos, entre 1893 y 1915, esto es, a partir de las primeras tentativas organizadas por implantar “la Idea” (nombre dado por los ácratas a su doctrina) en este país, y hasta la época de la primera Federación Obrera Regional de Chile (FORCH) y el periódico *La Batalla*, cuando la vertiente anarquista alcanzó un grado de desarrollo y maduración que la

---

<sup>29</sup> Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*, Santiago, Ediciones de la DIBAM, 1993; Jaime Sanhueza Tohá, “Anarcosindicalismo y anarquismo en Chile. La Confederación General de Trabajadores (1931-1938)”, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica, 1991. Partes de este estudio fueron publicados como artículo: “La Confederación General de Trabajadores y el anarquismo chileno de los años 30”, en *Historia*, vol. 30, Santiago, 1997, págs. 313-382.

<sup>30</sup> Véase, entre otros: Peter de Shazo, “The Valparaíso maritime strike of 1903 and the development of a revolutionary movement in Chile”, en *Journal of Latin American Studies*, 2:1, May, 1989, págs. 145-168; Mario Garcés Durán, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, Ediciones Documentas, 1991; Jorge Iturriaga E., “La huelga de trabajadores portuarios y marítimos. Valparaíso, 1903, y el surgimiento de la clase obrera organizada en Chile”, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997; Carlos Parker Almonacid *et al.*, “Perspectiva del desarrollo histórico de los obreros marítimos chilenos”, tesis para optar al título de profesor de Estado en Historia y Geografía, Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1985; Carlos Vega Delgado, *La masacre en la Federación Obrera de Magallanes. El movimiento obrero patagónico-fueguino hasta 1920*, Punta Arenas, Taller de Impresos Atelí y Cía. Ltda., 1996; Alberto Harambour Ross, “El movimiento obrero y la violencia política en el territorio de Magallanes 1918-1925”, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica, 2000.

convirtió en uno de los principales movimientos de redención social del nuevo siglo<sup>31</sup>.

Tal vez más que en el caso de otras corrientes políticas, el concepto de anarquismo se presta para equívocos que deben ser aclarados desde el comienzo. En nuestro estudio hemos incluido en esta noción a una variada gama de posiciones que tenían como común denominador su rechazo radical a la sociedad existente, al Estado y a la “política”, entendida esta actividad de la manera formal en que se expresa a través de partidos e instituciones estatales. En sentido estricto, los ácratas no negaban la acción política sino las prácticas representativas a través de sus expresiones parlamentaristas y electoralistas ya que para ellos la “política” era sinónimo del sistema institucional de una minoría explotadora, la burguesía. Los anarquistas propugnaban la supresión radical e inmediata de las estructuras de poder y su sustitución por la autoorganización de los productores, como un medio de instaurar la sociedad igualitaria y libertaria de la Anarquía o Comunismo Libertario, que prescindiría del Estado y la propiedad privada y funcionaría sin más estructuras que las generadas directamente, y sin intermediarios, por los seres humanos. Los ácratas entendían su propuesta de autonomía total de los trabajadores cuyo corolario práctico era la “acción directa”, en un sentido radicalmente contrario a la delegación de los intereses y anhelos de los individuos en otras personas. Resumiendo estas y otras ideas, a mediados de 1908 los editores del periódico santiaguino *La Protesta* se autodefinían como “comunistas en materia económica”, “anarquistas en materia política”, “materialistas en materia religiosa”, “antimilitaristas”, “antipatriotas” y “revolucionarios contra todas las instituciones burguesas”<sup>32</sup>; mientras que sus correligionarios del periódico antofagastino *Luz y Vida* afirmaban que “para ser un verdadero y convencido anarquista es preciso ser ateo en religión; ácrata en política; positivista en filosofía; socialista en economía; y determinista en moral”<sup>33</sup>. Pero estas eran sólo algunas definiciones, entre otras...

---

<sup>31</sup> No obstante su breve y localizada existencia (básicamente Valparaíso y Viña del Mar), la FORCH fue un hito relevante en el esfuerzo de construcción de un movimiento anarquista con pretensiones de irradiación a nivel nacional.

<sup>32</sup> “Lo que somos”, *La Protesta*, Santiago, segunda quincena de junio de 1908.

<sup>33</sup> “Para ser anarquista”, *Luz y Vida*, Antofagasta, junio de 1908.

Como los modos de entender la doctrina anarquista han sido y siguen siendo muy variados, el historiador se ve obligado a seguir el paso de sus partidarios sin ceñirse a una definición rígida que sólo haría más difícil el análisis. En última instancia, estamos obligados a considerar como anarquistas a todos aquellos que reivindicaron ese vocablo como principal fuente identitaria, sin que ello implicara un acuerdo muy acabado sobre los fines y medios de su doctrina. En todo caso, los planteamientos anarquistas, ácratas o libertarios (términos que empleamos como sinónimos) nos remiten casi siempre al rechazo al Estado, a una adscripción fervorosa a las ideas de libertad e igualdad entre hombres y mujeres y de representación directa de las personas, sin mediadores ni representantes, lo que trazó una línea que, con el correr del tiempo, fue haciendo cada vez más nítida la frontera con otras corrientes de redención social que actuaban en Chile.

La heterogeneidad y heterodoxia de los anarquistas se hacen aún más patentes al intentar abordar las relaciones entre estrategia y táctica. Al observar la experiencia libertaria, no es posible precisar dónde comienza una y dónde termina otra porque a menudo los medios suelen aparecer como fines y la anarquía queda reducida -como sostiene Santayana- a “un disfrute esporádico y momentáneo del cambio, que sirve de sostén a un paraíso del orden”<sup>34</sup>. Por ello, en un sentido estricto, en vez de hablar de estrategia y táctica ácratas, sería más acertado referirnos a una *línea de acción*, aun cuando por convencionalismo a veces utilicemos los conceptos más tradicionales.

Nuestra atención se ha centrado prioritariamente en la relación entre el anarquismo y el movimiento obrero, en el proceso de construcción de una corriente o tendencia libertaria enraizada en los sectores populares, en su génesis y fundamentos teóricos en contrapunto con la praxis de sus sostenedores, pero también su relación con otras corrientes políticas e ideológicas (como los demócratas y socialistas), con el Estado y las clases dominantes. Igualmente, nos hemos preocupado por caracterizar a los activistas de esta causa, entender su mentalidad y motivaciones, precisar cuáles fueron sus contribuciones a la constitución del movimiento obrero y a

---

<sup>34</sup> Citado en Irving L. Horowitz, *Los anarquistas*, vol. 1. *La teoría*, Madrid, Alianza Editorial, 1975, pág. 61.

otros combates progresistas –como la emancipación de la mujer, el internacionalismo, el pacifismo y el anti–militarismo–, que a menudo excedían los márgenes del movimiento de trabajadores y que, en distinta medida eran compartidos por otras corrientes presentes en su seno.

Aunque el eje central de nuestro trabajo no ha sido la cultura libertaria, hemos tratado de mostrar algunos de sus aspectos en la medida que se relacionaban, más o menos directamente, con la construcción de la tendencia anarquista en el movimiento obrero y popular. Sólo en el capítulo referido a “los cuadros anarquistas”, hemos abordado expresamente los elementos de lo que podría denominarse la “cultura” o los rasgos identitarios del mundo ácrata, pero el lector atento podrá detectar numerosos elementos a lo largo de todo el libro.

Hemos intentado analizar éstos y otros fenómenos despojándonos de los *apriori* de condena o de exaltación militante que han caracterizado –en los polos opuestos– muchas de las obras dedicadas al anarquismo en Chile. Ello nos ha permitido “descubrir” realidades que tanto detractores como panegiristas de la vertiente ácrata difícilmente podrían aceptar: devoción sincera por la causa de los trabajadores y la redención de la humanidad, influencia notable en ciertos segmentos y movimientos populares, coraje, entrega honesta y esforzada de sus militantes, aportes valiosos y duraderos a la identidad de la clase obrera y los sectores populares, pero también ingenuidad, falta de eficacia estratégica, rigidez dogmática, carencia de realismo, apostasías y volteretas de una parte muy significativa de sus principales figuras.

Nuestra perspectiva ha sido siempre la de una historia social con la política incluida como puerta de entrada a un irrenunciable proyecto utópico de “historia total”<sup>35</sup>. Creemos que los anarquistas se prestan admirablemente para un análisis de este tipo porque para ellos su proyecto no era (o no es) sólo el de una sociedad futura emancipada y reencontrada consigo misma, sino, principalmente, el de una vida presente en el que el ideal se realiza a partir de la construcción de una política y una cultura libertarias enraizadas en los movimientos sociales populares. De este modo, identidad y proyecto, cultura y

---

<sup>35</sup> Estas ideas se encuentran desarrolladas en Sergio Grez Toso, “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida?”, en *Política*, vol. 44, Santiago, otoño de 2005, págs. 17-31.

movimiento, vida cotidiana y militancia, se funden en “la causa”, desdibujando los límites tradicionales de lo político, lo social, lo identitario y lo cultural.

Al igual que en otros países, en Chile el anarquismo no se agota en el movimiento obrero porque su pretensión de emancipación universalista aspira a la redención del conjunto del género humano y no al de una clase en particular. No obstante el contenido no clasista de su mensaje, la línea central de acción de los ácratas durante su “época dorada”, siempre estuvo puesta en el movimiento de los trabajadores, contribuyendo a la formación de su conciencia de clase. Es por ello que este libro ha sido consagrado al estudio de los lazos entre los anarquistas y el movimiento obrero, con menciones secundarias a la influencia libertaria en los medios bohemios, estudiantiles, artísticos e intelectuales<sup>36</sup>.

Nuestro esfuerzo por reconstruir esta historia ha fructificado gracias al apoyo de numerosas instituciones y personas a quienes expresamos nuestro agradecimiento. En primer lugar a las instituciones que hicieron posible la investigación: la Universidad de Arte y Ciencias Sociales (ARCIS), que financió el Proyecto N°013 del Concurso de Proyectos de Investigación, Creación y Promoción Artística 2202-2003; la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), que costó el Proyecto N°44 de su Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial (FIP); y la Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICYT) que entregó los recursos para la ejecución del Proyecto FONDECYT N°1030030.

También a Jacqueline Oses Gómez y Jorge Rivas Medina, por su colaboración a lo largo de toda la pesquisa de fuentes, y a Carola Agliati Valenzuela e Ignacio Rodríguez Terrazas, por su ayuda en las primeras etapas de la investigación.

A Isidora Sáez Rosenkranz, por su colaboración en la toma de fotografías de periódicos y revistas.

A Alberto Harambour Ross, Pablo Artaza Barrios y Jorge Rojas Flores por sus exigentes críticas que contribuyeron a mejorar este libro.

---

<sup>36</sup> Sobre estos temas véase, entre otros, Pereira, *op. cit.*; Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. El Centenario y las vanguardias*, tomo III, Santiago, Editorial Universitaria, 2004.

A Manuel Vicuña, por nuestros fructíferos intercambios de informaciones y puntos de vista sobre las prácticas espiritistas en algunos círculos obreros de comienzos del siglo XX.

A Michael Reynolds, por las provechosas discusiones que sostuvimos sobre las organizaciones de trabajadores del carbón de principios del siglo XX.

A Eduardo Godoy Sepúlveda, por los igualmente ricos coloquios sobre los medios anarquistas santiaguinos y porteños de la década de 1910.

A Paulo Slachevsky, por haberme facilitado sus fotocopias de algunos periódicos ácratas.

A José Antonio Gutiérrez Danton, erudito libertario, con quien sostuve interesantes conversaciones cuando la investigación empezaba a tomar forma.

A todos les expreso mi reconocimiento por su sinérgica contribución.